UNIVERSIDAD, NOSTALGIA Y ESPERANZA

*Alfredo Furlán**

1. Pedagogo

Al iniciar los estudios de licenciatura, la carrera por la que opté se denominaba Pedagogía. Había cursado la mitad, cuando sobrevino (así lo percibí entonces) un cambio de nombre con un ajuste del plan de estudios. Egresé como Licenciado en Ciencias de la Educación. Creo que transcurrieron muchos años hasta que conocí el significado de las diferentes denominaciones. Se pretendió pasar de una vocación normativa, al trabajo de investigación apoyado en los nutrientes conceptuales y metodológicos de la ciencias humanas.

49

Sin embargo, en el trajinar profesional la mayor parte de las demandas que recibí fueron solicitudes de intervención con fines de resolución de problemas o de orientación para el mejoramiento. En cambio, la investigación comprensiva fue un requerimiento que surgió en los equipos pedagógicos, desde interrogantes propios y aspiraciones a la lucidez. Contar con espacios para desarrollarla frecuentemente ha sido conflictivo. Cuesta legitimar investigaciones educativas que se abstengan de formular propuestas para la acción. Hay que reconocer que también es difícil pensarlas. Pensar la educación resulta siempre una encrucijada axiológica, una convocatoria a la valoración. Aunque el diploma proclame Ciencias de la Educación, cuando hablamos de educación como especialista, el que escucha espera que, como descendientes del antiguo esclavo, señalemos hacia dónde hay que guiar al niño; y si fuera posible

* ENEP-Iztacala, UNAM.

Alfredo Furlán

que lo acompañemos. Se nos ve como pedagogos más que como sofistas. Nos situamos como fabricantes de señales luminosas más que como forjadores de finos argumentos.

El camino que se recorría para llevar al niño a la casa del maestro, se convirtió en la época moderna en un recorrido en el tiempo: Llevar al *paidós* hacia su futuro, hacia *el* futuro. O según malignos sociólogos, hacia el pasado de todos, la cultura existente. Para contemporizar, digamos que hacia un pasado constructor, o también, hacia un futuro memorioso.

Escribir sobre educación y futuro, para algunos podría resonar como redundancia, para otros como ficción impertinente. Para los comisionados de paz, como apuesta conflictiva, como zigzagueo entre un pasado activo y un futuro imaginario, entre memoria y deseo, entre nostalgia y esperanza.

Quiero que se lea lo que sigue no como lo que ve un cosmonauta desde fuera de la atmósfera. Estoy tratando de decir lo que veo desde el interior de las instituciones, en donde somos tantos que empañamos las ventanas, y también los espejos.

50

2. Educación

Se han dicho demasiadas cosas sobre educación como para pretender ser justo con la densidad de la noción. Según Durkheim las definiciones de su tiempo adolecían de una inclinación al ideal, al deber ser de la educación y no a lo que ésta efectivamente era. Propuso su muy conocida definición genérica y descriptiva, del conjunto de acciones al que en todo grupo humano se le pueda asignar el concepto. Esta explicación abrió las puertas a la objetivación sociológica, es decir, al tratamiento científico de la "cosa" educación. Pero en otros textos sugirió dos claves preciosas para rediscutir esta propuesta: por una parte, que la visión unitaria y transformadora que todavía sigue tiñendo al concepto, fue forjada por el cristianismo (el camino de la conversión); por otra, que la pedagogía se produjo sólo en algunos momentos de la historia, en los que se requería instituir nuevas formas de transmisión cultural.

Sin poder desarrollar ahora el argumento, sostengo que el carácter unitario sigue asociándose al uso en singular de la palabra educación,

NOSTALGIA Y ESPERANZA

aún en sus interpretaciones laicas. Y que esto implica un tráfico normativo, pues influye en la determinación del conjunto de hechos que designa. La aparente unidad podría ser un valor agregado.

La temperatura valorativa se incrementa en los momentos que generan la producción de pedagogías, pues éstas construyen nuevas posibilidades como reacción a las crisis, a las disfuncionalidades o a la anomia. En otras palabras, la producción de pedagogías moviliza un trabajo de selección y valoración de prácticas de transmisión, por lo que demanda una constitución normativa de la noción de base.

Tengo la impresión de que estamos en una época que está requiriendo una configuración diferente de su pedagogía. Que presenta signos de difícil lectura: por ejemplo, la creciente introducción de un tratamiento pedagógico en el ámbito de la educación superior podría interpretarse como una expansión de esta disciplina (currícula, formación docente, desarrollo de sistemas de evaluación, metodologías de enseñanza a distancia, etc.). Pero al mismo tiempo, la importancia que ha adquirido el concepto de aprendizaje en dicha expansión puede ser vista como la emergencia de otro discurso, que puede prescindir de la función magisterial como supuesto ineludible (el aprendizaje surge de la interacción del sujeto con estímulos apropiados, no necesariamente con un profesor o libro). Se puede plantear seriamente la duda acerca de si estas transformaciones pueden seguir incluyéndose en la impronta unitaria de la noción educación, y por lo tanto si son constitutivas de una resignificación de la pedagogía o si están prefigurando otra cosa.

Vale decir, tal vez estemos en una época que exige decidir, desde un concepto que subraye un filo normativo, qué conservaremos como educativo y qué no. O si lo que habría que desechar es el sentido aún vigente de educación. La crisis de la educación puede ser la crisis del concepto. Por lo tanto también de la pedagogía.

Si la educación es desde el cristianismo una conversión, una humanización, la creación de un sujeto social, moral, y desde la modernidad un desarrollo de nuevas potencialidades, un progreso, un mejoramiento, la construcción intencional de un *plus*, parecería que el renacimiento de la ética en el interés de la filosofía contemporánea, e incluso el auge del discurso productivista como lugar común de las políticas institucionales, podrían solventar los remozados ideales para la orientación actual de la educación.

Alfredo Furlán

Sin embargo, la defensa del pluralismo axiológico y el amoralismo del mercado que define lo que se califica como productivo, vuelven dificultosa la tarea de clarificar el sentido del *plus* que soporta la búsqueda educativa, y más todavía de consensuarlo.

Como se puede apreciar, los pedagogos actuales navegamos en corrientes que se arremolinan. Necesitamos nortes normativos que se empeñan en disiparse, erosionando los cimientos de nuestro discurso. Las viejas seguridades no garantizan la flotación, y los nuevos mapas apenas están dibujándose. Compleja es la tarea de escribir desde la pedagogía, y particularmente extenderla al futuro.

3. Educación Superior

52

En otros países se denomina Tercer Ciclo, Nivel Terciario o Estudios post-secundarios. En México, como en la mayor parte del mundo seguimos llamándola Educación Superior. Educación parece un término usual, aunque de vez en cuando no estorbaría que aparezca entre signos de interrogación. Superior, es igualmente usual, si bien las otras denominaciones parecen advertirnos de un contraste: primaria, secundaria, pero en lugar de terciaria, superior. Básica, media, superior; básica es una valoración, como superior, pero que no decora más al sustantivo educación que la hoy poco recordada calificación de "elemental" (o "primeras letras"). Superior supone inferioridad de los otros "niveles" (otra palanca valorativa, a diferencia de "ciclos"). Superioridad. Algo parecido pasa con las dos parejas que compiten dentro del nivel superior: grado-posgrado (la licenciatura gradúa) y pregrado-grado (la maestría y el doctorado son los que gradúan, con lo que se "degradan" las licenciaturas en su capacidad de "licenciar").

Quizá una de las hominizaciones de Dios le asigna una inteligencia superior, un ser superior. ¿Sería que el calificativo de superior aplicado al tercer ciclo sugiere una deificación de esos estudios?

Son diversas las fuentes que alimentan la superioridad: el hecho de que todavía en ninguna parte se haya decretado la obligatoriedad del tercer ciclo, lo garantiza como nivel electivo, tanto para quienes eligen cursarlo como para que las instituciones que escogen los sujetos a admitir. Mercadeo de los dones. Pero tal vez la más arcaica de las figuras

NOSTALGIA Y ESPERANZA

sea la de la superioridad de la teoría sobre la práctica. En la academia de Platón se cultivaba la filosofía. Las primeras universidades enseñaban teología y una de las primeras prácticas reconocida como arte superior: la medicina. El derecho fue acogido tempranamente. Las artes constructivas tardaron más tiempo en superiorizarse y las industriales se fueron filtrando, aunque se las trató de recluir en los institutos tecnológicos. Demás está decir que la pedagogía es desde hace poco una carrera universitaria, tal vez a partir del momento en el que ya no se pudo seguir impidiendo la irrupción femenina en el recinto de los “altos estudios”. La teoría corresponde a la cabeza, la parte más “elevada” del cuerpo en posición erecta. La más lejos del suelo, de la madre tierra, de la madre naturaleza, de la *mater* materia. La más cerca del cielo, donde habita Dios Padre: no deja de ser una señal que las universidades hayan nacido en torno a las catedrales, las más altas campanas, las más altas torres.

En lo que va del siglo que estamos terminando, se consolidó la “elevación” de muchas tecnologías. Se desarrollaron con poderoso brío los institutos tecnológicos, politécnicos, dentro, fuera, y a veces sobre las universidades. Poco a poco se han ido posicionando entre los peldaños selectos del reconocimiento distinguido. La *tecné* se ha apareado a la *episteme* en la cima, en tanto la filosofía busca afanosamente amarrarse al remanente de sombras de los punteros, y la *sofía*, la sabiduría, antigua reina griega, se recluyó desconcertada en algún lugar lejano de las instituciones educativas.

53

No solamente los tecnológicos disputan la cúspide. Las universidades están siendo trasvertidas con el *ethos* y el *logos* de las producción, tanto en su identidad (ahora son una subclase de las “IES” en el idioma burocrático), como en su modo de gestión y en su organización pedagógica. Hasta sus más íntimos modos se registran en la contabilidad que imponen los mecanismos guardianes de la “excelencia” (símil de la empresarial “calidad total”, aunque ese ámbito incluye un rescate de los valores convivenciales y la satisfacción de la pertenencia, en tanto que su novedosa pariente académica, quizás porque acaba de nacer, padece del síndrome taylorista).

En fin. Una educación superior que conserva aún su imaginario de superioridad, pero que por otra parte ha tenido que ir incorporando el *ethos* del trabajo antiguamente definido como manual para mantenerse con los pies en la tierra, es decir, en el presupuesto y en la estima de las

Alfredo Furlán

nuevas élites. Una educación cuya superioridad debe ser corroborada y probada con evidencias objetivadas por los instrumentos de vigilancia que se van diseñando año a año. Una superioridad a la que se exige "responsabilidad", adaptabilidad, capacidad para responder a las demandas que provienen de los mercados de empleo.

4. Crisis

La maltrecha superioridad en realidad no ha sido afectada solamente por la aplicación de políticas de inspiración productivista. La puesta en marcha de éstas es también efecto de una crisis más profunda, que tiene que ver con transformaciones de la sociedad y la cultura. Sin olvidar el antecedente local de la desinversión en educación pública de los ochenta, que devaluó poderosamente el trabajo académico en estas instituciones, cortando de cuajo el brío expansivo e innovador de los sesenta y setenta.

Las transformaciones son muchas y muy complejas. Menciono sólo algunos de los planos.

54 La mayoría de los estudiosos del desarrollo histórico contemporáneo coinciden en destacar que el conocimiento científico aplicado a la innovación tecnológica, organizacional y comunicacional, ha devenido uno de los principales resortes del éxito en la competencia empresarial por los mercados. Esto, que podría considerarse como un logro mayor de los académicos productores y reproductores de ciencia, ha sido en todo caso una victoria pírrica. Dado el carácter estratégico de la posesión del valioso conocimiento, la producción de frontera en los temas que se suponen decisivos, ha ido siendo expropiado del mundo de las instituciones educativas. Se ha desarrollado un sistema paralelo, vinculado a las grandes organizaciones empresariales, que controla cada vez más el saber de punta.

Aunque este fenómeno está lejos de ser una realidad en nuestro país, opera como telón de fondo de las tendencias recientes de la educación superior. Se inscriben en ellas múltiples síntomas: desde la captación de cuadros académicos para desarrollar tareas ejecutivas ligadas al control de calidad en grandes empresas, hasta el desarrollo de un sistema de pagos a los investigadores que se opera desde el exterior de las institu-

NOSTALGIA Y ESPERANZA

ciones universitarias, y que se ha ido estableciendo como el principal referente legitimador (alterando el arraigo a las propias instituciones).

En un informe reciente del Banco Mundial se sostiene que lo que aparece cada vez más como garantía formativa de un establecimiento educativo es el contar con una fuerte identidad y, consecuentemente, con una clara adhesión, sentimiento de pertenencia de sus miembros. La identidad no depende de manera determinante del sistema de enseñanza, sino más bien se vincula con el estilo de gestión pedagógica y del manejo de una imagen congruente entre la filosofía y la acción institucional. Cabe la anotación de que este nuevo soporte permite apreciar las delicadas consecuencias que acarrearán a las instituciones los sistemas que favorecen el desarraigo de sus mejores cuadros. Pero tengo la impresión que en el nivel terciario esto expresa lo siguiente: ya que las universidades han dejado de ser “templos del saber” (los conocimientos más útiles no se producen allí, y el saber hoy se compra y se vende, no es algo sagrado que requiera recintos de adoración) lo que ahora ofrecen son principalmente mecanismos de inclusión en las redes simbólicas del prestigio y en las redes reales del poder. Seguramente las universidades cumplen desde sus orígenes con esta función inclusora, pero se disimulaba en la auto-sacralización. Sin embargo el nuevo mensaje no supone exclusivamente un salto desacralizador, sino quizás una resacralización afín a los actuales códigos de lo valioso; creo que todavía hay que esperar para ver efectos de mediano plazo, para poder calificar como “más racionales” a estas estéticas de la distinción.

55

En el territorio de la función docente del nivel superior se suscitan consecuentes mutaciones dentro de los marcos a los que nos venimos refiriendo. En los “templos del saber” los profesores profesantes del culto encarnaban el ideal al tiempo que desempeñaban funciones sacerdotales. Un rasgo típico de la antigua identidad, era que los mejores alumnos fuesen reclutados por las mismas cátedras para garantizar la continuidad del modelo. El éxito hoy se evalúa sobre todo desde los parámetros del que triunfa “fuera” del recinto académico. Los sistemas de “seguimiento de egresados” suponen una noción fuerte de “egreso” que requiere de la localización de los sujetos allende los claustros. Los profesores hoy no expresan entonces personalmente el perfil ideal perseguido, sino que lo esencial de su estatus se restringe al de funcionario institucional o agente de un programa (es preciso advertir que esta

Alfredo Furlán

generalización se aplica de maneras disímboles según la institución, la carrera y los individuos). El campo aplicativo se emplaza con nitidez en las distintas esferas del mundo del trabajo, que es hacia donde se dirige la preparación de los estudiantes. Los mecanismos de reproducción de los cuerpos académicos han abandonado el ámbito de la cátedra, pues de hecho ésta ya no existe (por consiguiente tampoco tiene sentido seguir hablando de “libertad de cátedra”), se ubican más en los ciclos del posgrado. Los titulares intervienen menos que los funcionarios académico-administrativos en la selección del nuevo personal, incluso en algunas instituciones privadas operan departamentos impersonales para contratación del personal docente.

56 Se podría decir un tanto abruptamente que está en crisis el dispositivo académico (escuela de filosofía ubicada en jardines exteriores a la *polis*), en la medida en que crece la demanda de funcionalidad respecto a los mercados de trabajo y a que la producción de conocimientos se ha entrelazado con el sistema industrial o de servicios; que la filosofía ha dejado de ser la cúspide de la integración intelectual de la realidad y que hoy se cotiza más como productora de idearios institucionales que como elaboración de inteligencia crítica. Y el dispositivo docente también está en crisis en la medida en que el conocimiento que puede transmitirse en el aula se diferencia del que realmente opera en el trabajo real, que el currículum como oferta institucional prevalece sobre los cursos singulares, y que la coparticipación en una identidad institucional fuerte garantiza más la formación, que las diversas estrategias didácticas. Sin necesidad de introducir el inmenso tema del desarrollo de tecnologías de comunicación, instrucción y diseño que permiten vías alternas de acceso a conocimientos y al desarrollo de capacidades.

5. Futuro

Entre los múltiples problemas que plantea Jacques Lesourne como “los desafíos del año 2000”, elijo los que se sintetizan en el siguiente párrafo, que corresponden con los que veníamos abordando:

...Más importante, a fin cuentas, será la evolución de las formas de organización, con la búsqueda por las empresas, y tal vez por las

NOSTALGIA Y ESPERANZA

administraciones, de personas con una doble característica: por una lado, comportamientos que se traduzcan en una aceptación de responsabilidades, la capacidad de trabajo grupal, autonomía y adaptación; por otro, conocimientos y aptitudes que les permitan ser verdaderos profesionales. En cuanto a los candidatos, no deberán olvidar que las mutaciones económicas y tecnológicas podrán liquidar en cualquier momento su profesionalismo y que su real protección está dada por su capacidad de adaptación (Lesourne, p. 26-7).

Cabe señalar que el pronóstico que en términos generales plantea el trabajo de Lesourne y su equipo, es que Francia (se trata de un informe presentado en 1987 al gobierno de ese país), si pretende permanecer en la contienda por los mercados y ocupar un lugar protagónico en la Comunidad Europea, debe incrementar la capacidad de su población a través de la acción concertada de las agencias no-formales y de un revitalizado esfuerzo de todos los niveles escolares. Se deriva de esto una exhortación a la inversión en educación, lo que representa una perspectiva optimista respecto del mejoramiento del sector.

El fragmento seleccionado está extraído de una sección dedicada a la educación superior, nivel al que se la asignan formidables tareas.

Me interesa remarcar la tensión que constituye al nuevo perfil formativo que anticipa el autor: los futuros egresados de los estudios superiores deberán ser verdaderos profesionales, lo cual incluiría la preparación para adaptarse a las consecuencias de una liquidación eventual de sus profesiones. Ser profesional, responsable, capaz de trabajar en equipo, al mismo tiempo autónomo y adaptable. La tarea no es sencilla si se la quiere planificar racionalmente. Si se la deja librada al impacto de los funcionamientos efectivos de las transformaciones laborales, como sucede actualmente en muchas carreras, a la inercia del currículum oculto, pueden producir resultados en la dirección del pronóstico insólitamente: a través de cierta inclinación a la simulación que se ejerce en algunas instituciones del medio, se puede aprender a actuar como si se fuera un verdadero estudiante, lo cual se puede transferir a la capacidad de actuar como si se fuera un verdadero profesional; en ambos casos estaría claro que se puede dejar de serlo si varían las reglas del juego. Por supuesto que este tipo de transacciones informales también pueden producir

Alfredo Furlán

resultados adversos: sujetos con gran capacidad de adaptación pero que no saben actuar como verdaderos profesionales.

Desarrollar un planteamiento sistemático para alcanzar intencionadamente ese perfil, no es en absoluto imposible, pero sí es complejo. Para que se perciba con más nitidez el tamaño del problema me remito a las modificaciones que implicaría en el ideario básico del discurso educativo. La clásica trilogía de finalidades formativas de la segunda mitad de nuestro siglo “aprender a ser, aprender a aprender y aprender a hacer” debería actualizarse con el nuevo complemento de “aprender a ser y dejar de ser; aprender y desaprender; hacer, deshacer, rehacer”. En la práctica implicaría una preparación sólida para ejercer con cierta liviandad no cínica la posesión de saberes y capacidades especializadas. Indudablemente hay muchas estrategias ya experimentadas y otras imaginables. La más obvia consiste en aumentar la formación básica e instrumental, y en promover otras fuentes de estabilidad fuera de los asuntos profesionales: artes, deportes, funciones políticas y asociativas, etc. Todo esto tendría que contar con múltiples apoyos externos y la corroboración continua de que éstas son efectivamente las tendencias de los trabajos profesionales. Requeriría de cuerpos docentes a los que se estimule sustancialmente por su versatilidad más que por sus rígidas pautas de productividad, y muchas otras condiciones de las que sin duda ya hay buenos ejemplos.

Como se puede apreciar, mi formación pedagógica previa hace que tenga una mirada “crispada” sobre tales perspectivas. Siempre concebí la educación como esfuerzo de construcción de identidades coherentes, al menos en el papel. Se sabe que la coherencia no suele habitar en demasiados sujetos reales. Pero si ya veía con recelo el instrumentalista “aprender a aprender”, el redoble futuro de “adaptarse a la adaptación” me genera sensaciones de vértigo. En las primeras páginas advertí acerca de la necesidad de un concepto normativo de educación. “Aprender a adaptarse a las distintas circunstancias que se presentan en la vida”, es una definición que encontré en un documento de una asociación civil que trabaja en la formación de jóvenes con aptitudes de liderazgo, que exagera lo que Lesourne sugiere con pudor. La adaptación oficiaría de norma para las normas.

NOSTALGIA Y ESPERANZA

6. Esperanzas

Para los profetas del futuro de la educación, la posibilidad de que se profundice el proceso de desacralización equivale a la esperanza: si su óptica apuesta a las bondades del progreso científico-técnico no hay más camino que una adaptación sin fricciones, lo cual sin duda requiere una superación del resabio unitario y trascendental que todavía se agita en el significado de la educación, aún en su versiones laicas. Por haber internalizado este fondo metafísico, me cuesta metabolizar que el desarrollo de la autonomía, por ejemplo (para no salirnos del pronóstico de Lesourne), se pueda subordinar a un cambio de condiciones externas. Es decir, que hay que preparar a los “adaptandos” para que actúen con autonomía mientras la tengan y que soporten alegremente el perderla si una mutación económica así lo demanda. El discurso clásico pretende preocuparse más por los sujetos que por los vaivenes del mercado. Pretendía un superyó fuerte, según lo hizo notar desde hace tiempo Habermas.

Hay que admitir que en nombre de la preocupación por el sujeto la inquisición educativa ha condenado a la hoguera a muchos, demasiados, educandos. También que a los que trabajamos en educación superior nos viene bien interrogarnos si lo que hacemos es educar y es superior respecto a otras educaciones. O que no nos viene tan mal que alguna vez insignes sociólogos nos hagan ver que los profesores actuales somos generacionalmente ineptos para adaptarnos (¿nosotros también?) a los cambios que “necesitan” nuestras instituciones. Pero frente a la *realpolitik* de ciertas tecnocracias que tienen la esperanza que se trituren las nostalgias, creo que podemos reclamar la nostalgia de las viejas esperanzas de que en ocasiones el mundo siga iluminándose por la crítica. Al supuesto pluralismo de la adaptación, hay que contraponerle el ya ajado pluralismo democrático que todavía caracteriza a muchas universidades que se enorgullecen de sus entrañas hechas de confrontaciones, polémicas, diálogos y pactos. Sintamos nostalgia de un futuro plural y tolerante.

Alfredo Furlán

Bibliografía

Durkheim, Emile, *Historia de la educación y de las doctrinas pedagógicas*, 1982, Madrid, La piqueta.

Lesourne, Jacques, *Educación y sociedad. Los desafíos del año 2000*, 1993, Barcelona, Gedisa.

Neave, Guy y Van Vught, *Prometeo encadenado. Estado y educación superior en Europa*, 1994, Barcelona, Gedisa.